

The logo consists of the letters 'A', 'X', and 'A' in a bold, sans-serif font. The 'X' is a vibrant purple color, while the 'A's are black. The 'X' is positioned between the two 'A's, with its top and bottom strokes extending slightly beyond the vertical stems of the 'A's.

UNA REVISTA DE ARTE Y ARQUITECTURA

Jaime de Hoz

Orígenes del monacato cristiano y de su arquitectura

UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO

Villanueva de la Cañada, MMX



© del texto: Jaime de Hoz

julio de 2009

<https://www.uax.es/publicaciones/axa.htm>

© de la edición: *AxA. Una revista de arte y arquitectura*

Universidad Alfonso X el Sabio

28691 - Villanueva de la Cañada (Madrid)

Editor: Isabel de Cárdenas Maestre - axa@uax.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este artículo ni su almacenamiento o transmisión, ya sea electrónico, químico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin permiso previo por escrito de la revista.

La formación del primer monacato cristiano es en gran medida el resultado de la adopción de los modelos de vida contemplativa y de retiro espiritual existentes en Grecia y en el ámbito oriental desde tiempos antiguos. El desarrollo de los monasterios sería, en este sentido, otra de las adecuaciones llevadas a cabo por el pensamiento cristiano de las formas de espiritualidad propias de la tradición mediterránea grecorromana.

La constitución y la evolución del monacato serán, además, decisivos en el devenir del propio Cristianismo, contribuyendo tanto a su expansión como a la ordenación de diferentes usos litúrgicos, de multitud de ideas teológicas y a la formación de la propia arquitectura religiosa cristiana. Incluso la creación de los reinos y de las realidades sociopolíticas, de la geografía humana, durante la Edad Media queda vinculada en el occidente europeo a la evolución de las órdenes monacales y a sus procesos históricos. Los monasterios serán, de este modo, no sólo lugares de espiritualidad sino también centros tanto de cultura como de poder económico y administrativo.

Carlomagno vio claramente la necesidad de emplear a los monjes como garantes de su Imperio y favoreció la expansión y el control de tierras desde las abadías y los prioratos, buscando en la unidad religiosa la homogeneidad de sus dominios y de la vida secular, dejando como misión a su hijo Luis la consecución de una regla común para los monjes de su reino y una liturgia unificada y consensuada con el propio papa de Roma para practicar en sus iglesias unos ritos uniformes, como uniforme debía de ser la Cristiandad occidental.

Las más antiguas formas de monacato son las puramente eremíticas y san Antonio aparece tradicionalmente como el primero de los monjes cristianos. Pronto la fama de estos varones santos comenzará a extenderse y su popularidad se hará patente entre sus devotos, hasta el punto de sucederse una caterva de seguidores que les tomaban como maestros y de peregrinos que buscaron en ellos la gracia y la vía para la salvación de sus almas. La oración ante sus restos mortales, convertidos de este modo en valiosas reliquias, se veía como la solución milagrosa para muchos de los problemas que acuciaban a los fieles.

La necesidad de organizar a los prosélitos y a los novicios dará paso a la configuración de un espacio conventual para la vida en común y en muchos casos a la elaboración de unos reglamentos que acabarán por establecer, definitivamente, el monacato cenobítico.

EL MONACATO EREMÍTICO

La idea de alejarse del mundo, del espacio socializado, para buscar de esta manera la verdad, la paz interior y la purificación espiritual, apartándose así de la esclavitud de las reglas impuestas por los hombres y de las necesidades vanas creadas por la *polis*, para volver de esta forma a una vida intimista vinculada con la naturaleza, prescindiendo de los artificios superfluos de la civilización, tuvo ya un amplio impulso en la época helenística. Desde el siglo IV a. de C. el Cinismo se desarrolló en Grecia

como una filosofía que pretendía alcanzar la felicidad a través de la sabiduría y de la vida ascética, mediante una constante práctica del ejercicio mental y físico y la autosuficiencia existencial, lo que permitiría a sus adeptos derrotar a las adversidades de la existencia como el hambre o el frío.

Los propios estoicos basaron en principios semejantes buena parte de su ideología y así defendieron, con el chipriota Zenón a la cabeza, la sola posibilidad de alcanzar la libertad y la paz a través del alejamiento de las comodidades materiales y del rechazo de las preocupaciones vanas del poder y del éxito económico, que no harán sino alejar al hombre del camino de la razón y de la virtud, que sólo se hallará en el contacto estrecho con la naturaleza. Estoicos, y también epicúreos y escépticos, siguieron de este modo el principio de la *ataraxía*, esa disposición de ánimo mediante la cual se podrá alcanzar el equilibrio interior. Para ello será necesario atenuar los sentimientos extremos, las pasiones y los deseos, fortaleciendo el espíritu con la imperturbabilidad, la paciencia, la tranquilidad..., términos éstos que traducen literalmente tal palabra griega (ἀταραξία). Otros principios esenciales serán los de la *apatía* o despasionamiento y la *eupatía* o gozo de la vida.

Diógenes de Sínope, el cínico, fue un claro referente para muchos pensadores que asentaron sus ideas en tales conceptos. El maestro griego quiso llevar una vida recta y plenamente libre y autónoma y para ello despreció los usos y las costumbres sociales, y aun muchos de sus principios, como la propiedad. Su alejamiento físico en busca de la paz y de la plenitud a través del rechazo de los placeres mundanos, la vida austera y natural, eligiendo la pobreza, o su cosmopolitismo al contemplar la igualdad entre los hombres y considerarse a sí mismo como “ciudadano del mundo” le convierten en un claro antecedente de los primeros monjes cristianos, a pesar de la enorme distancia que planteaba el hecho de que, en cierto modo, fuese un descreído y, en cualquier caso, un pagano. No obstante, su ideario y mítica existencia, así como las doctrinas cínicas y estoicas, se propagaron por toda la geografía del helenismo, en especial por las tierras griegas, anatolias, sirias y egipcias, penetrando en la propia romanidad a través del estudio y de la asunción de tales doctrinas por parte de eruditos como Cicerón, Séneca o el mismo Marco Aurelio.

Un precedente ya directo de los monjes cristianos hay que buscarlo en un escenario cercano al de la aparición de tal religión: en las tierras que hay al norte del mar Muerto, a no mucha distancia de Jerusalén, algo al sur de Jericó y en las proximidades de la desembocadura del río Jordán. A mediados del siglo II a. de C. un grupo de judíos conocidos como “esenios”, por Esén, hijo putativo de Moisés, decidió marchar al desierto, tras la revuelta macabea antihelenista, para preparar allí la venida del Mesías. Llevaban una existencia dedicada al estudio, al trabajo y a la oración. El fundador de tal hermandad, conocido por ellos como “Maestro de Justicia”, se enfrentó a la oligarquía sacerdotal de la época y buscó refugio, acompañado de sus fieles seguidores, en Qumrán, en la región antes aludida. Desde entonces llevaron una vida comunitaria, próxima a la dinámica conventual característica de un monasterio.

Como los únicos que podían pertenecer a dicha congregación eran los varones debían de mantener y aumentar su cofradía con los nuevos miembros que llegaban para participar de sus actividades. Los novicios habían de prestar juramento tras dos

años de formación, renunciando a sus bienes materiales y siendo obligados a llevar una existencia guiada por la humildad, la disciplina y el trabajo personal, especialmente el agrícola, dirigido al beneficio de la comunidad, que además cumplía con el auxilio a los pobres y a los necesitados que requerían de su ayuda, pues la caridad era otra de sus premisas primordiales. Su creencia en la inmortalidad del alma y en la existencia de un Dios supremo les introducía dentro de la tradición judía pero también su vida piadosa les acercaba a los principios del monacato cristiano posterior. De hecho no han sido pocos los autores que se han referido a la posible pertenencia a este grupo de Juan el Bautista y hasta del propio Jesucristo. De cualquier modo su influencia se extendió más allá del desierto y conocemos la existencia de comunidades esenias en Jerusalén y en otros núcleos urbanos.

Las excavaciones llevadas a cabo en Qumrán han desvelado un complejo arquitectónico formado por varias dependencias dedicadas tanto a la vida comunitaria (cocina y despensa, comedor colectivo, espacio de asamblea...) como al trabajo de los cofrades (taller, horno, escritorio...). Sin duda esta proximidad conceptual y organizativa de Qumrán con respecto al monacato cristiano no es una mera casualidad.

No obstante, a quien se considera como verdadero padre del monaquismo es a Antonio, un egipcio de Comas nacido a mediados del siglo III. Su hagiógrafo, san Atanasio, que fuera obispo de Alejandría, nos lo describe como un hombre santo, quien en plena juventud decidió vender todos sus bienes y entregar el dinero obtenido a los pobres. Comenzó entonces su vida ascética, retirándose a vivir primero en un sepulcro y posteriormente en el desierto de la región de Tebas, en el corazón del Alto Egipto que le viera nacer. Cuentan sus cronistas, como el citado Atanasio o san Jerónimo, si bien muy especialmente Giacopo della Vorágine, éste último en el siglo XIII, cómo durante su retiro fue tentado repetidamente, aunque sin éxito, por el demonio, lo cual contribuyó, sin duda, a aumentar su mito. Numerosos seguidores pretendieron continuar sus pasos y acudieron a los yermos de la Tebaida para estar a su lado y aprender de él, lo que le obligó a tener que organizar a sus discípulos, aunque él nunca adoptó en realidad la vida comunitaria y prefirió el eremitismo, retirándose definitivamente al monte Colzim, próximo al Mar Rojo.

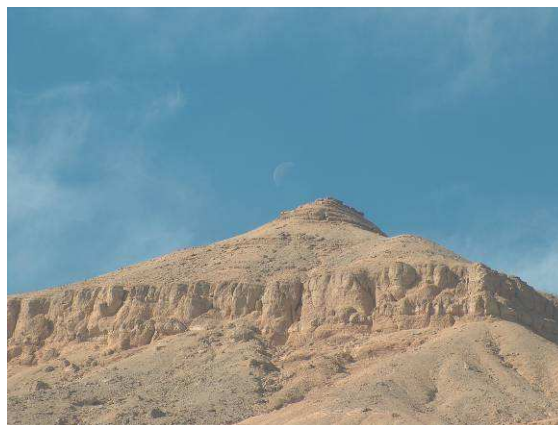


Fig. 1 Desierto de la Tebaida (Egipto)

La toponimia del lado occidental del Nilo en la región de Tebas, así como las indagaciones arqueológicas en el entorno del Valle de los Reyes, da cuenta de la presencia de monjes y de antiguos monasterios cristianos. En la región de Medinet-Habu las piedras del viejo templo de Ramses III acogieron a una población de cristianos coptos y algo más al norte, en Deir-el-Medina ('el monasterio de la medina'), un primitivo cenobio se desarrolló entre los muros del templo de Hathor. Seguramente el nombre de tal lugar obedecía a que el monasterio estaba junto a una "medina", un mercado próximo al poblado cristiano que tal vez aprovechaba para ubicarse lo que quedaba de las casas de los artesanos de las tumbas reales de los faraones del Imperio Nuevo, otrora allí asentados. Ascendiendo un poco más, en una de las tumbas de Šejj-abd-El-Qurna, concretamente en el sepulcro de Dagui, un dirigente de la Dinastía XI, está testimoniada la primera agrupación de anacoretas conocida. Al progresar hacia el septentrión llegamos a Deir-el-Bahari ('el monasterio del norte'), donde acaso existió una agrupación de monjes en alguno de los recintos de los hemi-speos de Mentuhotep o de Hachepsut, pudiendo ocupar los anacoretas los hipogeos que se abrían en la cercana ladera rocosa.

El monacato eremítico cristiano se extendió por Egipto, Siria y Anatolia a lo largo de los primeros siglos del Cristianismo. Los ermitaños llevaban una vida solitaria pero compartían entre sí ciertas actividades como la liturgia y los banquetes sagrados, para lo cual se instalaban en zonas aisladas pero ubicaban sus celdas con relativa proximidad entre sí. Este concepto monacal, el auténticamente original, lo expone perfectamente Clifford H. Lawrence: «[...] varios [...] solitarios [...] vivían en cuevas o chozas, sin verse, y generalmente sin oírse, unos a otros. A cada grupo de ellos se le denominaba *laura*, palabra griega que quiere decir sendero o pasaje [...]. En el centro de la colonia se levantaba un complejo de edificios, que comprendían las panaderías y la iglesia, donde se reunía todo el grupo de ermitaños los sábados y domingos para la oración en común y la celebración semanal de la misa. Había también alojamiento para huéspedes [...] para atender a las necesidades del flujo constante de visitantes piadosos. [...] La vida del anacoreta no estaba estructurada por ninguna regla monacal. La única forma de relación comunitaria era la reunión semanal para la oración en común. El abad, figura paternal que dirigía el grupo, se encontraba siempre disponible para cualquier consulta; era él quien instruía a los neófitos, pues era [...] un mentor experimentado»¹.

El eremitismo aquí descrito se extendió por ciertas áreas en las que proliferó y aun perduró durante siglos, como en Matera, en tierras de la Basilicata, en el sur de Italia.

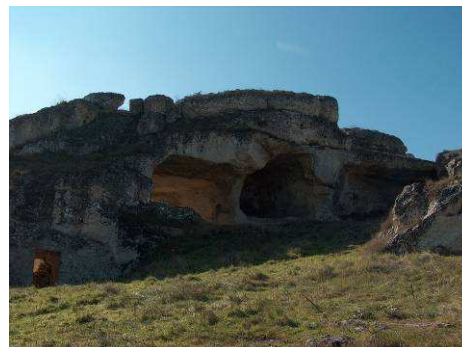


Fig. 2 Laura de eremitas en Matera (Basilicata, Italia meridional)

¹ LAWRENCE: cap. I, p. 21

En España tuvo un especial arraigo y ha dejado alguno de los mejores testimonios conservados de la arquitectura religiosa del Alto Medioevo. Eremitorios como el de Quintanilla de las Viñas, en la comarca burgalesa de Lara, se erigieron en zonas aisladas a lo largo del siglo VII y principios del VIII. Aunque ha sido propuesto como cenobio femenino² más bien creemos que se trata de un claro ejemplo de centro eremítico de la época visigótica, donde un cerro alargado al norte del templo disponía de las cuevas y los refugios que acogían a los eremitas, que bajaban a orar y reunirse en la iglesia al menos una vez por semana. El edificio plantea diversos problemas para situarlo en el tiempo, como indica Xabier Barral: «[...] posiblemente sea el edificio visigótico más tardío, puesto que data de finales del siglo VII o de comienzos del VIII. Esta datación está confirmada por un documento del año 879 relativo a la restauración de la iglesia»³. De hermosa factura, sin duda responde a un esquema arquetípico de templo monástico altomedieval, a pesar de que sólo ha llegado a nuestros días la cabecera del mismo. Junto a la iglesia se debieron de levantar otras construcciones para servir de celda al abad y las cocinas y despensas comunitarias, así como un ámbito de reunión. El cementerio se ubicaba igualmente en este espacio común, incluyendo seguramente algunas dependencias para acoger a los peregrinos.



Fig. 3 Quintanilla de las Viñas (Lara, Burgos)

El entorno del río Duratón, cerca de Sepúlveda, también servía de amparo a diversas celdas y a lugares de culto, como la cueva de los Siete Altares, al igual que a numerosas ermitas. Un ámbito principal de esta tradición anacoreta es San Frutos del Duratón. Numerosas oquedades abiertas en las cortantes riberas que se levantan sobre la cuenca del río hacían las veces de celdas para los monjes, que se congregaban en una meseta rocosa donde se encontraba la iglesia y el centro de reunión, el cenáculo. Todavía las tumbas de los antiguos monjes, abiertas en la roca viva, se distinguen en torno a la actual iglesia románica, pues en los años finales del siglo XI fue reconvertido en cenobio benedictino bajo la disciplina de Silos.

² OLAGUER-FELÍU: primera parte, II, pp. 103 a 111

³ BARRAL: § "Las formas periféricas. De España a las islas Británicas", p. 104



Fig. 4 San Frutos del Duratón (Sepúlveda, Segovia)



Fig. 5 Cueva de los Siete Altares (entorno del río Duratón, Segovia)

El aspecto de este complejo debió de ser relativamente similar al de Bobastro, probablemente un centro semejante desarrollado entre los siglos VIII y IX en el mismo corazón de las tierras califales andalusíes, hoy Mesas de Villaverde, en la provincia de Málaga. Parcialmente tallado en roca, parte del templo muestra todavía sus arcos de herradura y vestigios de sus muros. La iglesia, de tres naves y con el característico testero hispano de tres ábsides rectos, desarrolló por su lado septentrional un patio rodeado de las características estancias monacales y en el que se inscribía un gran aljibe. Restos de celdas y oquedades rodeaban el entorno de este centro religioso, evidentemente las estancias de sus monjes.

En el caso de Santa María de Quintanilla de las Viñas la restauración del edificio a finales del siglo IX por parte de un ilustre personaje, Flámola⁴, indica que sin duda el templo se restituyó seguramente recuperando su condición monástica pero ahora también con una nueva dimensión: la de servir de lugar de culto y de punto de referencia a los nuevos repobladores de la zona. Joaquín Yarza indica que el «[...] reino ahora leonés ha trasladado desde el segundo decenio del siglo X su capital a León. La decisión de repoblar la antigua tierra de nadie motivó el desplazamiento de astures, gallegos y cántabros hacia el Duero y la subida al norte de grupos mozárabes. Los repobladores, además de tierras abandonadas, se han encontrado, las fuentes lo dicen, con restos de templos y monasterios de tiempos visigodos abandonados o semiderruidos, que han rápidamente habilitado para sus necesidades de culto»⁵, abandonados... o tal vez no del todo. En cualquier caso se restauraron como pequeños centros monacales que contribuyeron a la consolidación territorial y a la organización de los colonos.

Estos pequeños centros monacales serán fundamentales en el proceso civilizador y configurador del espacio, tal y como observa Oronzo Giordano: «[...] todas aquellas *cellae* y aquellos *fana* diseminados por todas partes se convierten en sólidos puntos de referencia y de misteriosa llamada común para las pequeñas comunidades

⁴ Una inscripción en el templo, que corresponde a una restauración posterior, indica: *OC EXIGUUM EXIGUA OFFERO FLAMMOLA VOTUM* ('[Yo,] la insignificante Flámola [,] ofrezco este insignificante voto')

⁵ YARZA: cap. 5, p. 93

rurales dispersas y alejadas de las grandes vías de comunicación⁶. [...] La *cella* y el *fanum*, la iglesia parroquial o la humilde capilla constituían para los habitantes de los *oppida* o de los *vici* y los *castra*, incluso cuando estaban a punto de convertirse en *urbes*, un punto de conexión último, pero central. Entre los siglos IX y X se organiza la red de santuarios locales [...], la casa del culto era el centro de reuniones al menos semanales, el lugar donde reposaban los antepasados y donde se desarrollaban las ceremonias más importantes, donde se libertaba a los esclavos y se cerraban los negocios [...]. La iglesia es el epicentro en torno al cual gravita la vida comunitaria en sus diversos momentos religiosos, sociales y económicos. No sólo lugar litúrgico, sino también centro económico, punto defensivo y de seguridad»⁷.

Refiriéndose a los eremitorios burgaleses del Alto Medievo, Nicolás López ofrece una visión semejante: «[...] los habitáculos de los eremitas están próximos unos a otros, de suerte que sus moradores parece que se reunían para algunos actos comunitarios»⁸. El abad solía haber sido ordenado sacerdote y así podía consagrar y officiar la misa y recibir en confesión. Por eso su celda, sin dejar de lado el necesario aislamiento, se ubicaba en las cercanías cuando no en el propio templo, en una cámara aislada pero a la vez accesible para los necesitados de su apoyo o de su consejo. Sin duda el recuerdo de esta tradición continuará hasta bien entrada la Edad Media, tal y como refiere C. H. Lawrence: «Un ermitaño no tenía por qué estar necesariamente en un lugar remoto y apartado. Muchas iglesias parroquiales de los siglos XII y XIII sustentaban a un anacoreta que vivía en una celda contigua al presbiterio»⁹. Tanto en las iglesias asturianas de los siglos VIII y IX como en los templos de repoblación del siglo X se conservan estas celdas aisladas dentro del recinto sagrado, a veces sobre el lugar más sagrado: el presbiterio. Las cámaras “ocultas”, sólo accesibles desde una alta ventana exterior del testero, como las de las iglesias de San Julián de los Prados o San Salvador de Valdediós, cobran ahora sentido, al igual que las extrañas cuevas que surgen desde el interior del propio templo, como acaso en la ermita soriana de San Baudelio de Berlanga. El abad tenía que estar siempre próximo a sus monjes y a los

visitantes, aunque pudiendo cubrir sus necesidades de proverbial aislamiento y de escrupuloso recogimiento. Muchas de estas iglesias monacales acabarán por convertirse también en auténticas parroquias seculares.



Fig. 6 San Baudelio de Berlanga (Soria)

⁶ GIORDANO: cap. 3, § 5, p. 168

⁷ GIORDANO: cap. 3, § 5, p. 169

⁸ LÓPEZ MARTÍNEZ: I, §3, p. 43

⁹ LAWRENCE: cap. VIII, p.187

Frecuentemente la relación entre los colonizadores agrarios y el ámbito monástico era tan estrecha que resulta difícil hacer distinción entre ambos, cuando no son los propios campesinos los que participan como frailes legos en pequeños cenobios. Héctor Rodríguez Castillo, al estudiar los monasterios familiares y dúplices, opina que «durante las tareas de expansión por las tierras conquistadas, llamadas de repoblación, muchos pueden haber optado por tomar la forma de un monasterio, y aprovecharse de posibles ventajas que diesen los reyes y condes hacia ellos»¹⁰. La desaparición paulatina de los pequeños monasterios de tradición prebenedictina no siempre supondrá la desaparición de sus edificios y de todas sus fórmulas organizativas, de modo que sus iglesias se transformarán en nuevas parroquias aldeanas, lo que explica la adecuación de algunos de sus característicos espacios, como los soportales laterales, equivalentes a los claustros, en su origen ámbitos de encuentro monacal, que pasarán ahora a convertirse en recinto de reunión del concejo popular y a constituirse en el modelo de los pórticos románicos característicos de la Extremadura castellana entre los siglos XI y XIII.

Con el desarrollo de la regla benedictina y la gran expansión de Cluny por Europa occidental desde el siglo IX los pequeños eremitorios y monasterios de este tipo comenzaron a desaparecer y sus monjes a ser asimilados por las órdenes mayores y recluidos en monasterios cenobíticos. Aunque su huella permaneció durante el resto del Medioevo lo cierto es que dejaron paso definitivo al monacato de tipo fraterno y regular. No sólo sus iglesias se secularizaron y sirvieron como templos parroquiales sino que las capillas aisladas que rodeaban el centro monástico continuaron siendo en muchos casos empleadas como oratorios en los que aún permaneció la figura de un santero durante siglos. Ejemplos de éstas pueden encontrarse todavía en el entorno del propio cenobio, como la ermita llamada “del ciprés” en las inmediaciones del monasterio de Samos. En ocasiones algunas de esas capillas terminaron por aglutinar una población estable a su alrededor y acabaron por convertirse en sus parroquias, como ocurrió con las madrileñas localidades de San Martín de Valdeiglesias y de San Sebastián de los Reyes, o a pasar a ser protagonistas de ceremonias festivas y romerías en las comunidades rurales, siendo el origen de numerosas ermitas en las afueras de muchas poblaciones.

EL MONACATO CENOBÍTICO

Un tipo de monacato basado en la vida en común reglada por dos sencillos principios, *ora et labora* (‘reza y trabaja’), ha resultado ser la forma más extendida de monaquismo hasta nuestros días. San Pacomio ha sido considerado como el padre del cenobitismo. Nacido en Latópolis a finales del siglo III, luchó en el ejército imperial junto a Majencio, el principal rival de Constantino, y en su estancia en Alejandría descubrió el Cristianismo, doctrina a la que se convirtió. Desde entonces decidió vivir

¹⁰ RODRÍGUEZ CASTILLO: cap. III, p. 125

como ermitaño, asesorado espiritualmente por Palamón, junto a las ruinas del viejo templo de Serapis, dedicado así a la oración y llevando una existencia de austeridad y humildad. La llegada de numerosos seguidores le obligó a ampliar su propio espacio vital y a tener que organizar la vida del grupo, día a día en aumento. Exigió a sus discípulos la renuncia a todos sus bienes y la puesta en común de los mismos, creando un *koinobion*, un cenobio, un ámbito de vida en común, así como unas normas que permitiesen su buen funcionamiento, sin duda modelo para reglas posteriores como la de san Benito. La combinación de rezo y trabajo marcaba la existencia de los cenobitas, que labraban la tierra o hacían trabajos manuales dentro de los límites del centro, rodeado de un muro, o de las agrupaciones que comenzaron de ese modo a configurarse. Al frente de cada una de estas comunidades de iguales, de “hermanos” (*frateres*), se colocaba un hombre sabio, primero el propio Pacomio, que actuaba como el padre de esta singular familia: el *abbas* o abad. Las reuniones eran periódicas y la eucaristía se hacía frecuentemente con los laicos. Tabennisi, en la orilla oriental del Nilo, no muy lejos de Dendera, fue el primero de nueve monasterios masculinos y dos femeninos fundados a lo largo de su vida, la cual expiró en el año 346.

Nacida de este modo la tradición del monacato copto, la expansión del cenobitismo por toda la geografía cristiana sucedió con rapidez, constituyendo un primer modelo que sin duda se repitió por oriente y occidente y que con frecuencia confluía con la tradición eremítica. Sin duda el desarrollo de un templo cristiano con características propias, a partir del modelo edilicio aportado por las basílicas civiles romanas, que fueron los primeros edificios utilizados como espacios de reunión y liturgia, parte de las concepciones monásticas del espacio religioso: una construcción de tres naves para frailes y fieles, con nártex o pórtico para los iniciados o novicios y una cabecera con ábside presbiterial para la consagración y cámaras alledañas para guarecer los objetos litúrgicos y las reliquias.

San Basilio Magno, nacido en Asia Menor en 329, fue uno de los máximos impulsores del monacato en el entorno helenístico. El año 357 emprende, tras haber adquirido una amplia formación cultural, un largo viaje por Egipto, Palestina, Siria e incluso Mesopotamia, visitando las lauras de los eremitas y diversos centros monacales de aquellas regiones. A su regreso a Capadocia, su tierra natal, reparte sus bienes entre los pobres y se retira a Annesi, junto al río Iris, en el Ponto, donde funda un monasterio bajo la inspiración de Eustato, obispo de Sebaste, considerado como el iniciador de la vida monástica en la región asiática. Monasterios como el de Santa Laura, en el monte Athos, pueden considerarse como una continuación de la tradición desarrollada por Basilio. Un espacio murado, con un templo de planta de cruz griega en el centro y habitaciones para dormitorio, reunión y cocinas comunitarias, configura el núcleo esencial del complejo cenobítico. Formas semejantes llegaron a las regiones occidentales, de modo que en Hispania surgieron algunos monasterios cuyas iglesias aún se encuentran en pie y en las que en las prospecciones arqueológicas han aparecido restos del muro que enmarcaba el recinto, como en la toledana Melque, cerca de la Puebla de Montalbán.

Santa María de Melque, posiblemente construida en el siglo VII, representa una iglesia de cuatro brazos y crucero central cubierto por una torre que lo iluminaba, es

decir: una planta de cruz griega. Su fábrica de sillería queda abierta con vanos coronados con característicos arcos de herradura y el ábside presbiterial está flanqueado por otros dos menores a modo de cámaras litúrgicas semejantes a las pastoforias orientales. Un recinto envolvía la iglesia y seguramente otro, más amplio, las estancias y dependencias comunales y las áreas de trabajo.



Fig. 7 Santa María de Melque (La Puebla de Montalbán, Toledo)

Los monasterios occidentales siguieron también, sin duda, el modelo de los primeros centros cristianos de carácter monacal en este lado del Imperio: las propias *domus*, en especial las de los entornos agrarios, de aquellas villas en las que sus dueños, llevados por la piedad cristiana, libertaban a sus siervos y todos juntos constituían una comunidad religiosa a mitad de camino entre la tradicional producción agropecuaria y la vida de oración y penitencia. Las habitaciones abiertas desde los corredores que rodeaban un amplio atrio ajardinado, siguiendo el modelo de los lujosos peristilos helenísticos, recuerdan obviamente a la que desde la época altomedieval será una constante en los conventos: el claustro. Numerosos centros continuaron la expansión monacal, bajo diversos modelos: los monasterios familiares, los monasterios dúplices, los monasterios de repoblación, a caballo entre las lauras de eremitas y las sedes parroquiales... Numerosas reglas, a veces muy diversas y dispares, trataban de normalizar la vida del cenobio.



Fig. 8 Mapa del Alto Egipto monástico

Más al norte, en las verdes tierras irlandesas, otra figura contribuirá definitivamente tanto al desarrollo y al éxito de la vida monástica como a la constitución de un modelo abacial occidental: San Columbano. Tras las predicaciones de san Patricio se produjo una relativamente rápida cristianización de Irlanda. Nacido a mediados del siglo VI, Columbano pasó su juventud debatiéndose entre la tentación de la carne y la búsqueda de la pureza espiritual, posiblemente lo que le impulsase a retirarse al monasterio de Bangor, en el noreste de la isla. Alcanzada la madurez partió de su patria acompañado de una docena de compañeros y allí comenzó un fructífero, aunque complicado, periplo por Gales, Francia, Suiza e Italia. Su valor espiritual y su profesión de fe, así como su leyenda milagrera, le hicieron ganar un buen número de seguidores y de admiradores, aunque también de enemigos. En Luxeuil fundó un importante monasterio en el que residió una veintena larga de años, combinando esta vida cenobítica con constantes escapadas para alejarse y llevar la existencia propia de un anacoreta, aunque fuese eventualmente. Cuando las persecuciones le alcanzaron hubo de abandonar con sus compañeros el suelo francés y puso dirección a Italia. Durante este itinerario algunos de sus acompañantes fundaron otros importantes centros monásticos, como Galo, quien tras quedar abandonado en Suiza a causa de una enfermedad logra reponerse y constituir el famoso monasterio que lleva su nombre: Sankt Gallen.

Las fundaciones italianas de Columbano van de norte a sur, desde Milán hasta Nápoles y Taranto, con algunos monasterios de referencia de la importancia de Bobbio. Su forma de entender el monaquismo contribuyó a dar personalidad a la vida religiosa regular en Europa occidental. Los prioratos y las abadías columbanas se limitaban a un recinto murado en cuyo interior se erigía una iglesia, algunas dependencias comunes y un conjunto disperso de chozas que servían como celdas a los monjes. Una alta torre se usaba tanto como hito que señalaba a los peregrinos la ubicación del cenobio como de punto de observación y vigilancia. La acción de Columbano y de sus seguidores contribuyó a crear una conciencia unitaria en Europa y a adoctrinar y ganar para la fe cristiana a muchos bárbaros.

El cambio trascendental de la Europa occidental va a llegar, no obstante, con el reinado de Carlomagno, quien se convierte en el máximo baluarte del cristianismo en esta parte del Continente y así se enfrentará con sajones, ávaros y otros bárbaros a los que hace bautizar, siendo coronado emperador en Roma en la Navidad del año 800 por el papa León III y por ello proclamado *Romanum gubernans Impeium*. Su labor cristianizadora se basa en un intento de homogeneización social de su amplio reino, fundamentada en la conjugación de las leyes propias de los diversos pueblos sometidos a su autoridad y del derecho eclesiástico romano. Para ello lleva a cabo nuevas aportaciones y continúa con las reformas monacales iniciadas ya por su padre, sentándose así las bases del gran monacato, que será definitivamente impulsado y organizado por su hijo Ludovico Pío, o Luis el Piadoso.

El asentamiento y las actividades de los grandes monasterios resultará fundamental para la mejor aglutinación de la sociedad, la difusión del dogma cristiano franco-romano y la organización del heterogéneo territorio sobre el que se extendía el gobierno franco. Ejemplos como el de la abadía de Céntula, en las proximidades de

Abbeville, cerca de Amiens, en la Francia septentrional, comenzaron a ser frecuentes en el mundo carolingio. Este complejo monástico, de finales del siglo VIII, en realidad estaba configurado por un amplio recinto desplegado al sur del templo principal, básicamente dedicado a san Ricario (*saint Riquier*), en el que unos corredores cubiertos y asoportados al interior permitían el acceso hasta otros dos templos de menor tamaño: el dedicado a santa María y la pequeña ermita consagrada a san Benito. El templo principal, *Saint Riquier*, era un amplio edificio basilical de tres naves con transepto y alta torre cilíndrica sobre el crucero, un ábside dispuesto hacia oriente y sendos husillos, esbeltas torres cilíndricas, adosados exteriormente entre los encuentros del ábside y cada brazo del transepto. A los pies del edificio se repetía este esquema de cabecera, con un transepto en el oeste y dos torres occidentales. La parte alta de las torres quedaba coronada con chapiteles definidos como cubiertas cónicas y ahí podían ubicarse campanas o hacerse hogueras que indicasen a los peregrinos la situación de la iglesia y posibilitasen la comunicación con su amplio entorno.



Fig. 9 Abadía de Céntula (Picardía, Francia). Dibujo de Paul Peteau de 1612 a partir de un manuscrito de Hariulfo de 1088

Tanto el citado edificio como el esquema monástico se verán repetidos en lo que queda de Alta Edad Media, y no sólo en el mundo carolingio sino también en la arquitectura ottoniana, propia del Sacro Imperio Romano-Germánico y heredera de las formas carolingias. Será, sin embargo, la actuación de Luis el Piadoso, sucesor de Carlomagno, la que proporcionará definitiva homogeneidad a la organización monástica medieval, extendiéndose desde el mundo franco del siglo IX por toda la Europa medieval a lo largo de los siglos X y XI.

El monasterio de la isla de Reichenau alcanzó su primacía en la época carolingia, con lo que se había convertido en un lugar de gran influencia para otras abadías. En el año 816 su abad Heito y otros dos monjes acudieron al sínodo convocado por Ludovico Pío en Aquisgrán, donde se iba a imponer la regla benedictina como base de funcionamiento de todos los centros monásticos del reino, y por extensión de toda la Iglesia occidental.



Fig. 10 Monasterio de Reichenau (lago Constanza, Alemania)

El complejo de Reichenau se propondrá como modelo monástico y así se elaboró y dibujó una planta ideal para que sirviese de guía a la hora de fundar nuevas sedes. Gozberto, abad de Sankt Gallen, se hizo con este “plano”, hacia el año 830, para usarlo en la renovación de su propio monasterio. El diploma permaneció guardado y una copia del mismo, depositada en su biblioteca, ha llegado hasta nuestros días y se ha convertido así en una de las fuentes más importantes de estudio de la arquitectura de este período.

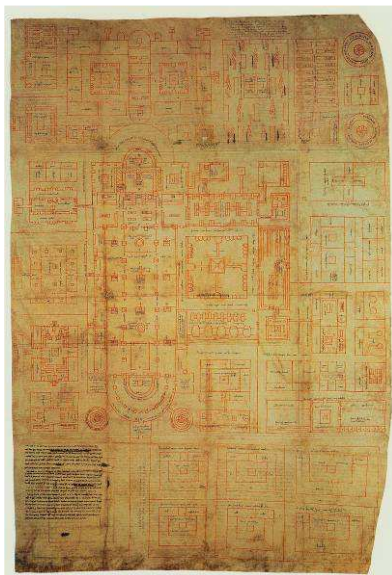


Fig. 11 Diploma con la planta del monasterio ideal (biblioteca de la abadía de Sankt Gallen, Suiza)

Pedro Navascués describe el dibujo de la planta del monasterio de Sankt Gallen: «Aquel monasterio benedictino ofrece una elaborada sistematización dentro de un esquema ortogonal donde cada una de las cincuenta y cinco dependencias tiene su lugar preciso. Se da allí un principio de simetría, no meramente formal, sino en el sentido clásico del término por cuanto que cada parte guarda relación con las demás y éstas con el todo, tanto en orden a su proporción y dimensión como en los aspectos

funcionales y de uso»¹¹. El monasterio del documento nos muestra las características habituales en los grandes centros del clero regular desde entonces: un gran templo para realizar la liturgia y los ritos abiertos al público, con las características ya expresadas en Saint Riquier (doble transepto, girola repetida a los pies del edificio, grandes torres sobre el crucero y en el cuerpo occidental...), un claustro desplegado junto a la nave sur de aquél y una serie de dependencias para el trabajo y las actividades de los monjes, así como para el buen funcionamiento de la vida de la comunidad, y otros ámbitos desarrollados para la relación del cenobio con el exterior. El eje de todo el complejo era la propia nave central de la iglesia, alineada al oeste con la entrada al conjunto monástico y proyectada desde el ábside presbiterial hacia la enfermería y el noviciado. Al norte de este eje quedaba la hospedería, la escuela y otras dependencias a las que tenían acceso los ajenos al centro y los visitantes, cuyas autoridades podían situarse así sobre la nave norte o en la cabecera de la nave central del templo. El abad accedía al espacio sagrado por un vano practicado en el muro septentrional del transepto y los monjes entraban directamente desde el claustro por el transepto sur. Este claustro era el núcleo de la vida monacal y el elemento de relación con las estancias principales, abiertas a él, como el calefactorio y el dormitorio, el refectorio y la bodega. El resto de dependencias de trabajo, huertos y establos y habitáculos para el ganado se iban disponiendo más al sur.

La aparición del monasterio de Cluny, fundado en Mâconnais, en la Borgoña francesa, el año 909, por intervención del duque Guillermo I de Aquitania, va a ser fundamental en la expansión y en la imposición de la regla benedictina y de la liturgia galorromana y también en la sistematización de unas formas canónicas de la arquitectura monástica.

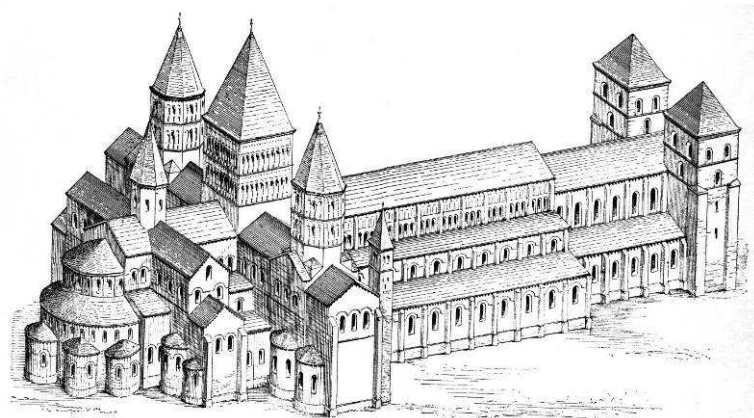


Fig. 12. Cluny III, según G. Dehio y G. von Bezold

Podemos decir que la configuración y la creación de una amplia escuela constructiva que aglutinó numerosas innovaciones que se venían forjando desde los siglos IX y X en los ámbitos pirenaico y lombardo, asociado a los modelos de los grandes templos abaciales carolingios y otonianos, como San Miguel de Hildesheim o San Pantaleón de Colonia, permitió la creación de una arquitectura que proporcionará

¹¹ NAVASCUÉS: § "Introducción", p. XIV

edificios firmes y sólidos, capaces de representar en su interior la liturgia exigida como única por el papado y de expresar el sentir de una cristiandad que quería hacerse cada vez más uniforme. El Románico nace de esta forma vinculado a la propia arquitectura que se fue desarrollando en Cluny y que se va expandiendo con la construcción de nuevas abadías y de prioratos dependientes de la casa madre. Cabeceras radiadas con tres o cinco capillas absidiales, grandes torres ubicadas en el lado occidental del templo, tribunas interiores que recorrían la parte superior de las naves laterales... Las formas románicas comenzaron a desplegarse desde la propia e innovadora recreación de la gran abadía borgoñona. Su fase tercera, en la plenitud de su expansión edificatoria, dará lugar a uno de los principales mitos de la historia de la Arquitectura.

En la Castilla de los siglos X y XI los monasterios contribuirán también al necesario proceso de cohesión tras la reconquista y la posterior repoblación, tal y como lo ve Ignacio Álvarez Borge: «Dar cohesión religiosa a la empresa repobladora y, en el mejor de los casos, contribuir a poner en explotación las nuevas tierras, constituirían las funciones de estos pequeños centros religiosos y lo que explicaría igualmente su proliferación»¹². Ricardo Puente, al tratar de aclarar las causas de la fundación del monasterio vallisoletano de La Santa Espina, plantea un origen más estratégicamente político que estrictamente religioso: «¿Cuál fue el motivo de la fundación? No es extraño que los monasterios se creasen por intereses más políticos que espirituales con el fin de consolidar y desarrollar asentamientos en territorios conflictivos. Por ejemplo, ésa fue una de las razones principales por la que se fundó Sandoval, la primera filial de la Espina»¹³. Estos reducidos espacios monásticos del norte de Castilla frecuentemente dependían de las propias comunidades de aldea y su iglesia era la parroquia, o el equivalente de la misma. Alfonso VI, en los confines del siglo XI, dio prioridad al monacato benedictino y benefició a la orden de Cluny, bajo cuyo control fueron cayendo paulatinamente los monasterios castellanos y leoneses, presentando como gran referente la abadía de Silos. La repoblación desarrollada desde las últimas décadas de esta centuria y a lo largo del siglo XII creó nuevos centros monacales que imitaron la arquitectura románica y contribuyeron a la creación de numerosos talleres de canteros que hicieron surgir un sorprendente número de iglesias a lo largo del camino de Santiago y por las tierras repobladas.

Las contrariedades de la propia orden de Cluny dieron lugar a disensiones internas y al surgimiento de voces críticas como la de Roberto de Molesmes, quien decidirá emprender un nuevo camino en su abadía de Cîteaux. Su visión, continuada por la destacada personalidad de Bernardo de Claraval, originará un pensamiento que perseguía un ideal arquitectónico más acorde con la sobriedad requerida por la regla de san Benito. Consecuencia de ello fue la búsqueda de formas más simplificadas y menos costosas, tan eficaces edificativamente como poco ostentosas en sus ornatos. Algunas de las innovaciones procedentes de las propias escuelas románicas irán dando paso a un nuevo estilo: el Gótico, difícil de explicar sin la revolución creativa de la arquitectura cisterciense.

¹² ÁLVAREZ BORGE: cap II, p. 53

¹³ PUENTE: pp. 8 y 10



Fig. 14 Cilla del monasterio de Santa María la Real de Sacramenia (Segovia)

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ BORGE, Ignacio: *Poder y relaciones sociales en Castilla en la Edad Media. Los Territorios entre el Arlanzón y el Duero en los siglos X al XIV*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996
- BANGO TORVISO, Isidro G.: *La Alta Edad Media. De la tradición hispanogoda al Románico*, Sílex, 1989
- _____ *El arte en la Alta Edad Media*, Anaya, 1998
- _____ *El románico en España*, Espasa-Calpe, 1998
- BARRAL I ALATET, Xavier: *La Alta Edad Media. De la Antigüedad Tardía al año Mil*, Taschen, 1998
- CAHILL, Thomas: *De cómo los irlandeses salvaron la civilización*, Navarra, Verticales de Bolsillo, 2007 (*How the Irish Saved Civilization. The Untold Story of Ireland's Heroic Role from the Fall of Rome to the Rise of Medieval Europe*, 1995)
- CID PRIEGO, Carlos: *Arte prerrománico en la monarquía asturiana*, Grupo Editorial Asturiano, 1995
- COLOMBÁS, García M.: *El monacato primitivo*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004
- CONANT, Keneth John: *Arquitectura carolingia y románica*, Cátedra, 1987
- CORTÉS ARRESE, Miguel: *Románico y bizantino*, Dastin Export, 2003
- CURROS, M^a Ángeles: *El lenguaje de las imágenes románicas. Una catequesis cristiana*, Madrid, Encuentro, 1991
- DUBY, George: *Europa en la Edad Media: arte Románico-arte Gótico*, Blume, 1981
- DURLIAT, Marcel: *El arte románico*, Akal, 1992
- FERRER GREDESCHE, Juan Miguel: "La liturgia hispano-mozárabe", en VV. AA.: *Hispania Gothorum. San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo*, pp.255 a 269
- FRANKL, Paul: *Arquitectura gótica*, Cátedra, 2002
- FRATERNIDAD MONÁSTICA DE LA PAZ: *Liturgia monástica*, Valencia, Talgel, 6 vols.
- GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, César: *Arte Prerrománico en Asturias*, Ediciones Nóbels, 2004
- GIORDANO, Oronzo: *Religiosidad popular en la Alta Edad Media*, Madrid, Gredos, 1995 (*Religiosità popolare nell'Alto Medioevo*, Bari, Adriatica Editrice, 1979)
- GONZÁLEZ RUIZ, Ramón: "La obra de unificación litúrgica del concilio IV de Toledo", en VV. AA.: *Hispania Gothorum. San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo*, pp. 269 a 284

- DE HOZ ONRUBIA, Jaime, MALDONADO RAMOS, Luis, VELA COSSÍO, Fernando (eds.): *El lenguaje de la arquitectura románica*, Madrid, Mairera, 2006
- LAWRENCE, Clifford Hugh: *El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa Occidental durante la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1999 (*Medieval monasticism. Forms of Religious Life in Western Europe in The Middle Ages*, Longman Group UK Limited, 1989)
- LINAGE CONDE, Antonio: *La vida cotidiana de los monjes de la Edad Media*, Madrid, Ed. Complutense, 2007
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Nicolás: *Monasterios primitivos en la Castilla Vieja (s. VI-XII)*, Burgos, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes / Institución Fernán González, 2001
- OURSEL, Raymond: *La arquitectura románica*, Encuentro, 1970
- DE OLAGUER-FELIÚ, Fernando: *Arte medieval español hasta el año 1000*, Encuentro, 1998
- NAVASCUÉS PALACIO, Pedro: *Monasterios en España. Arquitectura y vida monástica*, Barcelona, Lunwerg Editores, 2000
- PALACIOS, Miguel: *El monasterio de Santo Domingo de Silos*, Burgos, Abadía de Santo Domingo de Silos, 2000
- PITA ANDRADE, José Manuel: *Del prerrománico al protogótico*, Fundación Universitaria Española, 2004
- PUENTE, R.: *El monasterio cisterciense de La Espina*, León, Albanega, 2002
- RODRÍGUEZ CASTILLO, Héctor: *Los monasterios dúplices en Galicia en la Alta Edad Media. Un trabajo sobre modelos sociales*, Coruña, Toxosoutos, 2005
- SEBASTIÁN, Santiago: *Mensaje simbólico del arte medieval*, Encuentro, 1996
- VON SIMSON, Otto: *La catedral gótica: los orígenes de la arquitectura gótica y el concepto medieval de orden*, Alianza editorial, 2000
- SOLANO, Jesús: *Textos eucarísticos primitivos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2 vols.
- VV. AA.: *Hispania Gothorum. San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo*, Toledo, Empresa Pública "Don Quijote de la Mancha 2005, S. A.", 2006
- YARZA, Joaquín: *Arte y arquitectura en España 500-1250*, Madrid, Cátedra, 1994

La maquetación de este artículo fue realizada por Lucía Serrano Jiménez, alumna becada de la Universidad Alfonso X El Sabio